

Neorracismo o nuevas formas de racismo: un debate ético inaplazable

Sergio De Zubiría Samper¹

Resumen

El presente escrito constituye una investigación teórica en construcción, que pretende introducir la polémica sobre algunos aspectos fundamentales en el abordaje de la temática actual sobre el racismo. En distintos escenarios de la investigación académica, los estudios culturales y las políticas públicas, comienzan a insinuarse llamados de atención sobre la emergencia o renacimiento de formas de racismo, sin existir consensos definidos sobre la naturaleza, las tipologías y las manifestaciones de este resurgimiento. En el contexto de América Latina, el debate sobre estas nuevas formas de racismo se hace perentorio. Por un lado, la heterogeneidad en la composición de las sociedades latinoamericanas exige bastante atención a las particularidades del racismo en nuestra región y, por otro, si bien existen algunos estudios sobre el fenómeno, es conveniente afianzar los procesos de investigación y reflexión de las manifestaciones del racismo latinoamericano.

* Trabajo producto de reflexión teórica, preparado con base en la ponencia presentada en el XIII Seminario Internacional de Bioética en la Universidad El Bosque. Escrito entregado el 29-10-2007 y aprobado el 12-12-2007.

¹ Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes (Bogotá – Colombia). Estudios de Maestría en Hermenéutica en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá – Colombia). Máster Internacional en Gestión, Políticas Culturales y Desarrollo de la UNESCO y Universidad de Girona (Girona – España). Doctor en Filosofía Política de la UNED (Madrid – España). Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes (Bogotá – Colombia).

Palabras claves: Racismo, neorracismo, debate ético, América Latina, estudios culturales, políticas públicas.

Abstract

This document constitutes a theoretical research in construction, which aims to introduce the controversy over some key issues in addressing the issue of racism today. At various stages of academic research, cultural studies and public policies are beginning to insinuate warnings on the emergence or rebirth of forms of racism exist without defined consensus on the nature, types and manifestations of this resurgence. In the context of Latin America, the debate on these new forms of racism becomes imperative. On the one hand, the heterogeneity in the composition of Latin American societies requires considerable attention to the peculiarities of racism in our region and, although there are few studies on the phenomenon, it is appropriate to consolidate the processes of research and reflection of the demonstrations Latin American racism.

Keywords: Racism, neorracism, ethical debate, Latin America, cultural studies, public policy.

Introducción

En distintos escenarios de la investigación académica, los estudios culturales y las políticas públicas, comienzan a insinuarse llamados de atención sobre la emergencia o renacimiento de formas de racismo, sin existir consensos definidos sobre la naturaleza, las tipologías y las manifestaciones de este resurgimiento. El presente escrito constituye una investigación teórica en construcción, que pretende introducir la polémica sobre algunos aspectos fundamentales en el abordaje de la temática actual sobre el racismo.

En el contexto de América Latina, el debate sobre estas nuevas formas de racismo se hace perentorio. Por un lado, la heterogeneidad en la composición de las sociedades latinoamericanas exige bastante atención a las particularidades del racismo en nuestra región y, por otro, si bien existen algunos estudios sobre el fenómeno, es conveniente afianzar los procesos de investigación y reflexión de las manifestaciones del racismo latinoamericano.

Planteado especialmente desde un enfoque ético, este ensayo busca ofrecer un marco teórico y conceptual para trabajar el complejo tema del racismo y sus diversas interpretaciones. Su pretensión en ningún caso se acerca a un estudio de campo, como tampoco de prácticas sociales concretas.

Pretendemos abordar este problema a través de los siguiente núcleos temáticos: 1) clarificaciones sobre la noción de neorracismo; 2) la polémica sobre la posible “unidad” del racismo; 3) algunos estudios sobre la especificidad del racismo europeo actual; 4) aproximaciones al racismo latinoamericano y colombiano; y, 5) las paradojas del antirracismo contemporáneo.

Neorracismo: en torno a una noción

Como toda categoría conceptual, el concepto de neorracismo pretende apropiarse discursivamente de una realidad a través de ciertas intenciones en su uso. Podríamos también acoger categorías como “posracismo”, “interracismo”, “nuevas formas de racismo”, “prorracismo”, “racismo diferencial”, entre otras. Compartimos, en términos generales, la aproximación a una noción de racismo propuesta por E. Cunin, que “podría definirse como la construcción social de categorías raciales presentadas como naturales y que legitiman los procesos de dominación”². Pero es tal vez la noción de neorracismo la que remite más claramente a ciertas intenciones teóricas, que podemos agrupar en cuatro grandes ejes.

El primero de ellos, alude al hecho de que el racismo no estaría en un estado de regresión sino en una alarmante expansión en las sociedades contemporáneas. Acoger exclusivamente nociones como “xenofobia”, “nacionalismo”, “segregación” o “discriminación racial”, limita constatar la gravedad de la situación actual. Asistimos a un reforzamiento histórico de los movimientos y políticas racistas, que puede explicarse por una

² Cunin, E. Aproximaciones a los estudios de raza y racismo de Colombia; en Revista de Estudios Sociales, Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007. p. 185.

coyuntura de crisis social (E. Balibar). Podemos afirmar que existiendo variantes nacionales, regionales y locales, la “racialización” es un típico fenómeno planetario; es decir, que a pesar de sus diversas manifestaciones, es una realidad global compartida. Los denominados procesos de ilustración, modernización y desarrollo no han impedido o disminuido la explosión del racismo.

El segundo, ratifica que no se trata de un simple prejuicio, ni tampoco de un arcaísmo, fruto del supuesto “atraso” educativo o económico. Es un fenómeno social total que se inscribe en las prácticas, discursos, representaciones, creencias, sentimientos, etc. (Etienne Balibar). Por ello, desde el célebre curso de Michel Foucault de 1976, titulado “Defender la sociedad”, este profundo pensador sostiene cómo el racismo es la condición de aceptabilidad de la matanza en una sociedad en la que la norma, la regulación, la homogeneidad, son las principales funciones sociales. La burguesía triunfante habla ahora de los enemigos internos peligrosos: todo aquel que posee la virtualidad de afectar el orden social, se llame el loco, el nativo, el degenerado o el disidente. “En ese momento, la temática racista no aparecerá como instrumento de lucha de un grupo social contra otro, sino que servirá a la estrategia global de los conservadurismos sociales. Surge entonces –y es una paradoja con respecto a los fines mismos y la forma primera de este discurso del que les hablaba– un racismo de Estado: un racismo que una sociedad va a ejercer sobre sí misma, sobre sus propios elementos, sobre sus propios productos; un racismo interno, el de la purificación permanente, que será una de las dimensiones fundamentales de la normalización social”³.

El tercero, retoma la tesis de que no hay racismo sin teoría, sin discursos. Comprendiendo los “discursos” como prácticas del lenguaje y la reflexión, que construyen principios, dogmas, normatividades, pseudo-verdades, etc. Pero el racismo no es exclusivamente un asunto discursivo; ensambla creencias, representaciones, ideas, juicios, emociones, sentimientos, etc. Son los científicos, los filósofos, los intelectuales, quienes construyen esa “materia prima” para “racionalizar”, “fundamentar” o “justificar” la consolidación del

³ Foucault, M. Hay que defender la sociedad. Ediciones Akal: Madrid, 2003. p. 60.

racismo. Por tal motivo, T. A. van Dijk, se arriesga a afirmar: “desde hace mucho tiempo, existe un extenso cuerpo de investigación sobre el papel desempeñado por políticos, filósofos, historiadores, científicos sociales, psicólogos, periodistas, escritores, militares, religiosos, directivos y otras élites blancas acerca de su actuación, implementación y perpetuación del racismo en el transcurso del tiempo”⁴. Aunque existen posiciones divergentes, como las sostenidas por M. Wieviorka, quién considera que el racismo europeo se fraguó con anterioridad a cualquier teoría, en el caso histórico del encuentro con el “otro” en las prácticas colonialistas.

Recientes pesquisas sobre el pensamiento de autores colombianos como Laureano Gómez y Luis López de Mesa, intentan sostener la hipótesis, que sus pretensiones de adoptar un humanismo basado en la igualdad de los seres humanos fracasa por la concepción racista que subyace en sus concepciones del mundo⁵. Como también interesantes trabajos sobre la obra de Francisco José de Caldas y su papel en la genealogía de lo racial en Hispanoamérica⁶.

El cuarto, surge del interrogante sobre la reductibilidad o no, del racismo existente a modelos o a lógicas anteriores. Como en todo fenómeno social concreto, es completamente plausible que encontremos tanto algunas continuidades como ciertas rupturas – metamorfosis. El desconocimiento de sus transformaciones terminaría convirtiendo en inocuo el antirracismo; el encapsulamiento en esquemas anteriores lo reduciría a incognoscible.

La noción de neorracismo conlleva, en sus posibilidades de sentido, los cuatro ejes anteriores: el concepto de neorracismo nos remite a un fenómeno que se presenta en todas las latitudes y es de carácter social planetario (M. Wieviorka), que se nutre de la materia prima aportada por discursos, teorías, sentimiento y prácticas. Es conveniente aproximarse a una visión histórica y un uso plural como “racismos”, que se presenta concretamente con ciertas continuidades, pero también con ciertas mutaciones.

⁴ Van Dijk, T. A. *Racismo y discurso de las élites*. Editorial Gedisa: Barcelona, 2003. p. 14.

⁵ Rodríguez Bobb, A. *El otro aspecto de la violencia en Colombia*. Laureano Gómez y Luis López de Mesa: entre la teoría racialista y la identidad nacional. Wissenschaftlicher Verlag: Berlín, 2005.

⁶ Arias Vanegas, J. *Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas?*; en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007.

¿Podemos hablar de “unidad” en el racismo?

La filosofía, sociología, historia y antropología modernas han hecho importantes consideraciones para comprender las lógicas y los niveles de los fenómenos sociales. Para ello, en la tradición clásica, han construido nociones como “tipos ideales”, “estructuras comprensivas”, “unidades de análisis”, “continuidades históricas”, etc., que intentan, en medio de la profunda diversidad de lo social, encontrar algunas tendencias o rasgos relativamente unificadores.

Las dificultades historiográficas comienzan con el carácter constante o la existencia de un momento histórico de inicio del racismo occidental: ¿Representa el racismo un fenómeno moderno, paralelo a la emergencia de los Estados-nacionales, o es rastreable desde los albores de la historia hasta nuestros días?

“La historiografía sobre la investigación del racismo evidencia, por lo general, dos modelos de periodización. Por un lado, historiadores como Mose, Claussen o Shipmann, proponen hablar de “racismo” a partir de los siglos XVIII y XIX. Su argumento principal es que el concepto de “raza” como categoría “seudocientífica” solamente se comenzó a utilizar en esa época con el objeto de organizar la variedad humana en diferentes grupos... Por otro lado, encontramos la tendencia preconizada por historiadores como Gosset o Novel, quienes argumentan implícitamente que cada forma de exclusión étnica –fuese ésta en la Antigüedad, en la Edad Media, en la Edad Moderna o Contemporánea- se puede denominar como fenómeno racista”⁷. El presente escrito, sin desarrollarlo expresamente, acoge las tesis del primer grupo interpretativo: podemos sostener la existencia del racismo como una construcción y práctica social sólo a partir de la modernidad.

En el campo del racismo, cuatro estudios recientes intentan continuar esta tradición, postulando que es posible, sin diluir las especificidades, plan-

⁷ Henry Torres, M. Raza: variables históricas; en Revista de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007. p. 16.

tear algunas “formas elementales del racismo”, o “lógicas de racialización”, o “complejo racista”, categorías, todas éstas, que rememoran los grandes esfuerzos teóricos de las ciencias sociales del siglo XX. Destacamos, en este sentido, los trabajos de P. Taguief, M. Wiewiorka, I. Wallerstein y E. Balibar. Investigaciones que siempre ponen de relieve las dificultades de elevar el racismo a categoría de objeto de investigación.

Según P. Taguieff, sin desconocer la multiplicidad de las manifestaciones racistas en Europa, a partir de la década del setenta del siglo, encontramos dos posibles y dominantes “lógicas de racialización”. La primera, que el investigador denomina “lógica de autorracialización”, contiene los momentos secuenciales de diferenciación, purificación, depuración y exterminio. Opera en primera instancia, como racismo de distanciamiento, luego exclusión y expulsión, para en último término, proponer la destrucción. Su prototipo se asemeja al fenómeno del nazismo o el sionismo. La segunda, nominada como “lógica de heterorracialización”, se inicia con la desigualdad, para culminar en la dominación y la expoliación. Su trama está vinculada especialmente a racismos de estratificación social y de dominación.

Para M. Wiewiorka, las “formas elementales” del racismo son los prejuicios, la segregación, la discriminación y la violencia. Y éstas pueden funcionar en distintos niveles (“político e infrapolítico”), pero están en general ligadas a dos lógicas: la inferiorización, destinada a asegurar un tratamiento “discriminatorio contra el grupo juzgado”, y, la diferenciación, presionando a aislar y en los casos extremos a expulsarlo o exterminarlo. Son lógicas conceptualmente distinguibles, porque la desigualdad no es equiparable a la diferencia, pero en la práctica histórica pueden interrelacionarse. Hasta sostener la hipótesis: cuando el racismo es débil, las dos lógicas suelen aparecer dissociadas, y al fortalecerse tienden a fusionarse. Las dos lógicas (lógica desigualitaria o lógica diferenciadora) nos permiten mantener categorías como “racismo de la desigualdad” y “racismo de la identidad”.

“Las distinciones analíticas aquí utilizadas para examinar las manifestaciones concretas del racismo son, en nuestra opinión, eficaces. El prejuicio es de distinto orden, según podamos asociarlo a una lógica desigualitaria y a las relaciones de dominación, o más bien construya una representación

diferenciadora del otro destinada a marginarlo, es decir, a expulsarlo o exterminarlo. La violencia cumple distintas funciones y deja traslucir distintas tensiones, según corresponda a una lógica o a otra, y, además según continúe siendo infrapolítica, aparezca en el nivel político o impulse la intervención de un Estado: la línea decisiva de demarcación es la que se desplaza entre el primero de estos tres niveles y los otros dos. Está claro que la segregación va asociada preferentemente a procesos de diferenciación; la discriminación, en cambio, a relaciones de desigualdad”⁸.

Los trabajos de I. Wallerstein y E. Balibar destacan como la “racialización” se inscribe en prácticas, discursos, representaciones y sentimientos. Las prácticas principales son segregación, desprecio, humillación, explotación y violencia. Los discursos y representaciones son desarrollos intelectuales del espectro de la profilaxis social y los estigmas de la alteridad. Los primeros son del tipo “evitar el peligro”, “mantenerse auténticos”, “purificar los lazos sociales”, etc., y los segundos, los estigmas relativos al “color de piel”, “la procedencia geográfica o social”, “las prácticas religiosas”, “el vestuario”, etc. Los sentimientos organizan formas estereotipadas de sentir a los “otros” como “sujetos y “objetos”, subrayándose la tendencia a promover emociones obsesivas y ambivalentes. La combinación de prácticas, discursos, representaciones y sentimientos constituyen la “comunidad racista” y el “complejo racista”.

“Me atreveré a decir que el complejo racista mezcla inextricablemente una función crucial de no reconocimiento (sin la que no habría violencia soportable para aquellos mismos que la ejercen) y una “voluntad de saber”, un violento deseo de conocimiento inmediato de las relaciones sociales. Son funciones que no dejan de sustentarse mutuamente, ya que su propia violencia colectiva es un enigma angustioso para los individuos y los grupos sociales al que hay que encontrar una explicación urgente”⁹.

Es improbable la construcción de teorías “generalistas” del neorracismo contemporáneo o su “unidad” en un sentido metafísico, pero la investigación social no puede renunciar a apropiar algunas tendencias, categorías de análisis, lógicas básicas o formas elementales de su especificidad.

⁸ Wieviorka, M. El espacio del racismo. Ediciones Paidós: Barcelona, 1992. p. 173.

⁹ Balibar, E. y Wallerstein, I. Raza, Nación y Clase. Textos IEPALA: Madrid, 1991. p. 34.

Especificidades del neorracismo europeo

Sin olvidar las particularidades nacionales y regionales del neorracismo en el continente europeo, es posible hacer algunas generalizaciones que destaquen ciertas claves, desplazamientos y ejes. Aproximaciones que aporten en la elaboración de una cartografía provisional de sus manifestaciones y expresiones centrales.

Hasta muy entrado el siglo XX se prolonga un tipo de racismo heredero de las matrices del siglo XIX. De forma bastante “arbitraria” podríamos sostener (tema de necesarias investigaciones futuras) que se extiende hasta la década del setenta del siglo XX. Existen diversas denominaciones para su caracterización: “racismo culto” (E. Balibar), “biologización del pensamiento social” (C. Guillaumin), “racismo científico” (M. Hering), entre otras.

“Independientemente de la perspectiva histórica que cada uno adopte, la mayor parte de los historiadores de la idea del racismo sitúan el prodigioso avance de la misma en el siglo XIX, con su combinación de colonialismo, de desarrollo de la ciencia y de la industria, de crecimiento de las ciudades, de la inmigración y mezcla de poblaciones, y, paralelamente, de individualización y auge de los nacionalismos”¹⁰.

Algunos de los posibles rasgos de este racismo que domina en gran parte de los siglos XIX y XX, podrían ser: 1. Los recursos a la biología y la antropología física, desde una mirada cientifista y positivista, para “legitimar” el racismo; en términos de E. Balibar, “simulan el discurso científico basándose en evidencias tangibles”; 2. La idea de que la “raza” moldea la cultura y “justifica” ciertas diferencias económicas, sociales e intelectuales; 3. El peso de las temáticas de la “raza pura” y la “degeneración de las razas”

En un interesante trabajo, el investigador español J. L. Solana¹¹, realiza una sugerente síntesis hacia esa posible cartografía del “neorracismo” de fines del siglo XX. Dentro de las claves del nuevo racismo europeo es notable que

¹⁰ Wieviorka, M. Opus. Cit. p. 30.

¹¹ Solana Ruiz, J. L. Identidad cultural, racismo y antirracismo; en Gómez García, P (coordinador). Las ilusiones de la identidad. Ediciones Cátedra: Madrid, 2000.

se muestra como un “discurso culturalista anti-inmigrante”; el cuál intenta evitar la sospecha de “racista”, al destacar la importancia de la defensa de la diversidad y las diferencias culturales. De forma ejemplificante, basta subrayar la afirmación de J. M. Le Pen: “me encantan los magrebíes. Pero su sitio está en el Magreb... No soy racista, sino nacional... Para que una nación sea armoniosa necesita cierta homogeneidad étnica y espiritual”¹².

Los siguientes son los principales desplazamientos entre el racismo “anterior” y el neorracismo europeo actual: un giro de la “pureza racial” a la identidad cultural “auténtica”; de la desigualdad estrictamente biológica hacia las diferencias culturales o la transformación del “Bíos”; del desprecio de las razas inferiores hacia la evitación del contacto con el “Otro” (que tiende a representarse en mayúscula); del universalismo bio-desigualitario hacia el relativismo cultural.

Los ejes transversales que dominan el neorracismo en Europa, desde la perspectiva de J. L. Solana son posiblemente ocho: 1. La orientación “culturalista” que otorga una especie de “hiper-representatividad simbólica” a lo cultural; con ciertos rasgos reduccionistas y deterministas de la dimensión cultural; 2. El rechazo o fobia hacia los inmigrantes no proviene del ser una “raza distinta” sino de discursos sobre la diferencia cultural o peligrosidad latente de las “mezclas” culturales; 3. La tendencia a sustituir los enunciados “heterófobos” por estrategias discursivas “heterófilas”; 4. Defensa de las virtudes de un “desarrollo separado” de las culturas y una absolutización de las diferencias culturales; 5. Posiciones anti-universalistas acompañadas de una especie de “racismo de la descolonización” que protege al ultranza el pluralismo y las diversidades; 6. Instrumentalización en su favor de las invocaciones anti-racistas del derecho a la diferencia y la exigencia de heterofilia; 7. Manteniendo una imagen de no-racista y postulando la legitimidad de los valores existentes, puede justificar la existencia de ciudadanos de “primera”, “segunda” y hasta “tercera”; un esfuerzo de persuasión hacia un “racismo sin razas” (E. Balibar); 8. La desaparición de las jerarquías, con las estrategias de defensa de “pluralismo” y la “diversidad cultural”, en mucho más aparente que real.

Investigaciones más delimitadas a entornos nacionales, si bien pueden acoger algunos de los ejes anteriormente descritos, se distancian en sus análisis al destacar otras tendencias del neorracismo real. Por ejemplo, los trabajos de T. A. van Dijk, sobre el racismo discursivo de élite en España enfatiza en ciertas tendencias específicas: son varios los tipos de racismo de élite que están en auge en España sin que existan partidos racistas de extrema derecha; el racismo español está cambiando especialmente a consecuencia de los cambios socioeconómicos que ha convertido a esta nación en un país de inmigración después de haber sido un país de emigración durante siglo; la inmigración ha cambiado rápidamente, pasando de ser un fenómeno menor a un procesos social, político y cultural mucho más profundo y relevante.

“Para comprender el racismo en España es de vital importancia entender la importancia histórica de la ocupación árabe de la península, su posterior reconquista y la expulsión de los judíos, llevada a cabo los Reyes Católicos hace más de 500 años y los subsiguientes siglos de colonización racista en América. Es imprescindible conocer este marco histórico para comprender, al menos en parte, el racismo actual en España, dirigido contra <moros> y <sudacas>. Otra dimensión histórica notoria y constante es la presencia de una discriminación ancestral del pueblo gitano, y su problematización y marginación hasta la fecha”¹³.

La introducción de ciertos aspectos o tendencias de carácter nacional y regional en la comprensión del neorracismo, no anula los ejes transversales de sus manifestaciones europeas. Pero si acentúa, desplaza o contrasta, con las especificidades históricas y contextuales de sus prácticas reales.

Aproximaciones al racismo latinoamericano

La problemática de la discriminación basada en criterios raciales no ha recibido, por parte de las instituciones investigativas de América Latina, la

¹³ Van Dijk, T. A. Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina. Editorial Gedisa: Barcelona, 2003. p. 92.

atención necesaria. Esta carencia ha tenido como consecuencia que se haya llegado incluso a plantear la inexistencia del racismo en nuestro continente. Sin embargo, resaltamos importantes esfuerzos a partir de la década de 1990 de ampliar estos estudios. Aunque nos es posible desconocer el trabajo de importantes pioneros en esta preocupación. Recientemente, el sociólogo colombiano Fernando Urrea, no recordaba los significativos aportes “de las ciencias sociales brasileras, que desde sus inicios han estado atravesadas por el tema de las relaciones raciales y que desafortunadamente son bastante desconocidas en Colombia. Figuras como Gilberto Freyre, Antonio Candido, Luiz de Aguiar Costa Pinto, Florestan Fernandes, Caio Prado Júnior, Celso Furtado, Fernando Enrique Cardoso, Octavio Ianni, entre los clásicos de la sociología y la economía política”¹⁴. En este acápite nos limitamos a exponer las conclusiones de dos investigaciones emblemáticas en el mundo académico latinoamericano.

La primera es el aporte del antropólogo social inglés Peter Wade, quien es un pionero en este tipo de estudios en el contexto de un trabajo de campo en Colombia. Retomando las aproximaciones de Nina de Friedeman, Aquiles Escalante, Manuel Zapata Olivilla y Jaime Arocha, como de sus estudios de campo en Cartagena, Medellín y Chocó, Wade publica su texto “Gente negra, Nación mestiza” (1993), que constituye una obra paradigmática de las investigaciones sobre las dinámicas de las identidades raciales en Colombia.

Para el antropólogo inglés, dentro de la tradición de análisis de la antropología anglosajona, para comprender los fenómenos racistas es necesario debilitar el mito de la “democracia racial”. Existen profundas contradicciones entre esa visión institucional e imaginaria de una supuesta democracia racial y las relaciones reales concretas que socavan esa imagen mitificada. La misma existencia de ese mito cumple el papel perverso de limitar gravemente la propia posibilidad de alcanzar un mundo sin racismos.

Una vez derrumbado ese mito impropio, Wade introduce cuatro unidades de análisis para comprender esas dinámicas, las cuales son: 1) raza y clases; 2) el papel del mestizaje y de la conciencia negra; 3) el

¹⁴ Urrea, F. Aproximaciones a los estudios de raza y racismo de Colombia; en Revista de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007. p. 190.

surgimiento de la nacionalidad colombiana; y, 4) el significado de la construcción espacial.

De estas unidades de análisis se empieza a comprender que el racismo se genera en una compleja coexistencia e interdependencia entre procesos de discriminación, estratificación social, mestizaje y blanqueamiento. Por tanto existe un nexo estrecho entre racismo y clasismo, como también entre el mestizaje y la necesidad de blanqueamiento. Todo lo anterior se acompaña de las obvias y extremas desigualdades regionales que existen en Colombia.

“Estas ideologías acerca de la mezcla de razas involucran elementos altamente contradictorios. Por un lado, la glorificación de lo mestizo toma su significado y su fuerza de la historia del mestizaje y del surgimiento de un gran conjunto de gente mestiza en el país. Se alaba este proceso y se ve en él la esencia del desarrollo y el progreso colombiano. De este modo, se adorna con una retórica populista democrática del mestizaje entendido como una convergencia neutral moralista de tres razas hacia un terreno medio no jerarquizado. Por otro lado, el blanqueamiento, al visualizar un futuro en el cual lo negro y lo indígena no sólo son asimilados sino también borrados del panorama nacional, dando origen a una nación mestiza blanqueada, introduce la discriminación y convierte este futuro en una visión utópica imposible. Porque, por definición, cualquier blanqueamiento debe ser también un oscurecimiento, y si el oscurecimiento es evitado por gente más clara discriminando contra el más oscuro, entonces es imposible algún progreso final hacia una nación totalmente mestiza y menos aún es posible una nación mestiza blanqueada”¹⁵.

En 2003, el lingüista T. A. Van Dijk, publica su texto general sobre los procesos de dominación étnica y racismo discursivo en España y Latinoamérica. Pretende llamar la atención sobre los prejuicios discursivos racistas en el mundo hispanoparlante, destacando que son un problema fundamental en esas sociedades y no, como se había considerado, exclusivamente en las sociedades europeas y norteamericana. Como en sus trabajos anteriores, destaca

¹⁵ Wade, P. Gente negra, Nación mestiza. Ediciones Uniandes, Siglo del Hombre editores, Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Bogotá, 1997. p. 51.

los discursos racistas de las élites, por su acceso privilegiado al ámbito de los discursos públicos. La primera parte de su obra la dedica a procesos de racialización reciente en España, aludiendo especialmente a la discriminación de los pueblos gitanos, judíos y los inmigrantes no europeos, sobretodo los de África y de América Latina. La segunda parte, analiza el racismo en los discursos de élite en Latinoamérica, insistiendo en las características comunes de ese racismo con el europeo y en sus particularidades históricas.

Expone una extensa tipología de dieciséis características del discurso racista latinoamericano y elabora algunas anotaciones sobre países concretos como Cuba, Colombia, Venezuela y Perú. De estas características queremos destacar las siguientes:

- 1) Los racismos latinoamericanos son sistemas de dominio étnico-racial, cuyas raíces históricas se enclavan en el colonialismo europeo y por tanto se remontan a la conquista, explotación y genocidio de los pueblos indígenas y en la esclavitud de los africanos. Esta legitimación, por tanto, es inherente a las formas del “colonialismo europeo”.
- 2) Aunque contenga una compleja variedad de prejuicios, discriminaciones, etnicismos o racismos, la tónica general en casi todo el continente latinoamericano, es la existencia de grupos de gente de mayor apariencia europea que discrimina a los de menor apariencia europea; en este sentido, el racismo latinoamericano opera como una variante del racismo europeo.
- 3) Sigue siendo una creencia muy extendida, en especial entre las élites de los grupos dominantes “más blancos”, que existe una “democracia racial” o que las relaciones raciales son más cordiales que en Estados Unidos y Europa. Esto se acompaña en Latinoamérica en la habitual negación, invisibilización o disimulo de prácticas racistas.
- 4) El racismo latinoamericano es una mezcla variable de factores “raciales” y “étnicos”: los primeros acostumbran a dirigirse en contra de los pueblos de ascendencia africana y los segundos afectan especialmente a los pueblos indígenas. Por tanto los patrones de dominio del racismo cotidiano en Latinoamérica suelen entrelazar los aspectos “raza” y los factores culturales.

- 5) La realidad económica y sociocultural del racismo en Latinoamérica se basa en formas de discriminación tales como subordinación, marginación o exclusión, que derivan en una distribución desigual tanto de los recursos del poder material como del poder simbólico.
- 6) El racismo en el continente Latinoamericano se vincula, a menudo se confunde y hasta se excusa con la idea de clase social; esta compleja asociación de la desigualdad de la raza con la de la clase, también significa que la clase, el estatus u otras formas del poder material o simbólico, pueden compensar, hasta cierto punto, la desigualdad de “raza”. Este sistema de clasismo-racismo también se combina estructuralmente con el sexismo y la dominación masculina.
- 7) A pesar de la constante promoción oficial del “mestizaje”, la ideología del racismo latinoamericano tiende a asociar el hecho de ser blanco o de apariencia norte-europea con cualidades y valores positivos. Por el contrario, un aspecto físico o cultural menos norte-europeo se asocia con valores menos positivos o negativos.

Algunas de las conclusiones que plantea Van Dijk en su estudio sobre el racismo discursivo contemporáneo en Latinoamérica, se podrían agrupar en tres grandes clasificaciones, aunque siempre recuerda el autor que existen matices según los distintos países y contextos.

El primer grupo corresponde a los rasgos del racismo discursivo en la región. El racismo discursivo tiene sus raíces históricas en la colonización, la esclavitud y la dominación europeas, que se fundamentaron en una ideología de superioridad sobre los pueblos, los grupos étnicos y las razas no europeas. Este racismo discursivo reproduce, expresa y legitima las demás formas de racismo, a la vez que intenta negar, mitigar, excusar o esconder su condición. Mediante un vocabulario sofisticado y refinado que subraya factores étnicos, somáticos y cromáticos (negros, morenos, pretos, cholos, pardos, etc.), el discurso reproduce categorías evaluativas y perceptivas de ideologías de dominación blanca.

El segundo campo de conclusiones, alude a las estrategias de esquivar o negar, en el discurso de élite la misma existencia del racismo. Dentro de sus variadas estrategias, algunas son la “negación positiva”, la “explicación

alternativa”, o la “minimización” de las diferencias. La autoatribución de plena “democracia racial” al Estado nacional es un típico ejemplo de “negación positiva”. La justificación por vía de discriminación de clase social sería el giro hacia una “explicación alternativa”. La celebración retórica de las raíces indígenas y africanas conforma un tipo discursivo de “minimización” de las diferencias raciales. Estas estrategias buscan que los discursos públicos y oficiales no contengan ninguna sospecha de tintes racistas.

El tercer grupo de conclusiones remite a otros tipos de discursos mediáticos o políticos menos institucionales. En estos opera constantemente a oposición entre “nosotros” y “ellos” dentro de la finalidad de asociar atributos positivos a los próximos y negativos a los “otros” (un “Otros” a veces en mayúscula para ratificar esta función discriminatoria). Tanto en las conversaciones cotidianas como en los discursos mediáticos “tienden, por lo general, a ignorar a los pueblos indígenas y a exhibir de forma marginal su exotismo cuando son pacíficos, o a tildarlos de violentos cuando oponen resistencia; los negros suelen ser del todo invisibles y, de representarlos, es siempre en papeles negativos o subordinados, asociados a alguna problemática, a la pobreza y a la discriminación, como si de fuerzas inevitables de la naturaleza se tratara”¹⁶.

Paradojas del antirracismo contemporáneo

El marco teórico que hemos intentado construir, nos orienta en el trabajo de situar y comprender tres urgentes paradojas del antirracismo contemporáneo. La inmersión en la noción de neorracismo, las disputas sobre la posible “unidad” del racismo, los estudios sobre la especificidad del racismo europeo actual y las aproximaciones al racismo latinoamericano, son senderos necesarios para llamar la atención sobre la urgencia investigativa, ética y política de analizar y confrontar las nuevas formas de expresión del racismo.

Pero este llamado de atención debe contemplar con serenidad y profundidad sus presentes tensiones y paradojas. Son posiblemente un conjunto

¹⁶ Van Dijk, T. A. Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina. Editorial Gedisa: Barcelona, 2003. p. 190.

numeroso, pero quisiéramos cerrar estas líneas aludiendo a tres que consideramos inevitables y urgentes.

La primera, podemos denominarla la “paradoja de la descontextualización” y se manifiesta con irresolutos interrogantes. ¿Existe o no un completo desfase entre nuestras representaciones y políticas anti-racistas y el racismo realmente existente? ¿El racismo “culturalista” y “diferencialista” contemporáneo se puede confrontar con visiones “tradicionales” o lugares comunes sobre éste? ¿Los modelos convencionales contra el racismo pueden implementarse en contextos diversos?

La segunda paradoja, podría nominarse como “las tentaciones del universalismo” e implica la constatación histórica práctica de que el “universalismo” de la ideología burguesa y la modernidad colonial ha sido compatible con sistemas de jerarquías y exclusiones que se manifiestan de forma trágica en el fascismo, el colonialismo, el racismo y el sexismo. Implica la angustiosa interpelación, sobre sí el universalismo es siempre una forma velada de etnocentrismo y eurocentrismo.

Esta paradoja de las “tentaciones universalistas” tiene distintas figuras, pero tal vez las más notables son: la figura del moralista (un universalismo humanista que invoca referencias morales de la tolerancia, la igualdad, la autonomía, o la hermenéutica de la comprensión); la figura del culturalista (aquel manoseado discurso “teórico” de la “neutralidad” o la “igual dignidad” de todas las culturas); y, la figura de político-estatal (que considera como la mera existencia del Estado-social y la Constitución conlleva la eliminación de toda forma de racismo).

La tercera, cuyo nombre es mucho más incierto, se acerca a la descripción de los efectos paradójicos de una defensa a ultranza de la diferencia y la particularidad.

Bibliografía

ARIAS VANEGAS, J. “Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas?”; en *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá: Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007.

BALIBAR, E. y WALLERSTEIN, I. *Raza, Nación y Clase*. Madrid: Textos IEPALA 1991.

CUNIN, E. “Aproximaciones a los estudios de raza y racismo de Colombia”; en *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, No. 27, agosto 2007. p. 185.

FOUCAULT, M. *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Ediciones Akal: 2003.

RODRÍGUEZ BOBB, A. *El otro aspecto de la violencia en Colombia. Laureano Gómez y Luis López de Mesa: entre la teoría racialista y la identidad nacional*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, 2005. ISBN 10: 3-86573-083-3

SOLANA RUIZ, J. L. “Identidad cultural, racismo y antirracismo”; en Gómez García, P. (coordinador). *Las ilusiones de la identidad*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.

TAGUIEFF, P. A. *La force du préjugé*. París: La Découverte, 1988.

URREA, F. “Aproximaciones a los estudios de raza y racismo de Colombia”; en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 27, agosto 2007. Bogotá: Universidad de los Andes.

VAN DIJK, T. A. *Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2003.

VAN DIJK, T. A. *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2003.

WADE, P. *Gente negra, Nación mestiza*. Bogotá: Ediciones Uniandes, Siglo del Hombre editores, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 1997.

WIEVIORKA, M. *El espacio del racismo*. Barcelona: Paidós, 1992.